



El ensueño de Panamá y la Conferencia del Arma

La espada de un poeta

Por EUGENIO NOEL

«Si yo no fuese tan bueno»
Bolivar, canta el poeta O. modo.

¿Por qué no poseemos en nuestra América de la Pasa de Oriente una reproducción de la espada de Simón Bolívar?... Unas a otras las Repúblicas americanas se regalan estos trofeos de su independencia y no hace muchos años la Argentina enviaba a los Estados Unidos la réplica del sable que llevaba en su diestra San Martín al dar desde su caballo el parte de la victoria de Maipo. Habrá que educar la escoria de la Argentina de Gonsalvo de Córdoba—Consuelo agitando victorias al Callao ad Cantus—no lejos de la Lobera de San Fernando, templada más que en las fogatas del Tajo en el capitulo cincuenta y cuatro del libro de los doce sabios del consejo, y la espada de Pizarro, alma de hierro de saldos de horraduras entre dos varillas de acero, esculpido en las fogatas de la calle de Armas de Toledo. Habrá que hacer aún más; aproximarse a ella esa espada aún en su envoltura de cuero negro, en cuyo borde de la zazoleta se lee esto bello: Hanne digno de alabaré bienvenerado dulcissima virgen. Encomendado Anandí, del que su alma parca general, la dama que amparó este salvaje, el labrador de fieno apacible—Nada no buena tramosa soñada—un consueño con redención soñada. El consueño de este hombre gigante, todo nutrido, es nuestro también. Esa espada todavía tenía los discípulos de Francisco de Victoria y de Luis de Aléazar... al alcance de la mano de sus lectores, de las Relecciones Theológicas y la incomparable Investigación sobre el sentido oculto del Apocalipsis. Es la espada de los soldados de la paz, del derecho de gentes, de la vieja internacional, de los que por hallar siempre a las generaciones futuras como ese soldado del ideal son los libertadores de mañana.

Qué distancia entre la carta de Jiménez escrita por el héroe en 1815 a esa terrible sesión del Consejo de los propósitos internacionales, en que al proponer internacionalizar las escuadras inglesas y sus cinco millones de soldados franceses... La espada que colocara en 1914 Poincaré, en vez de una corona de flores, sobre la tumba de Pedro el Grande no debe haber sido quitada de allí todavía por los marxistas; aún el adoso espíritu del consueño de 1919. Unos de los doctrinarios nuevos de la Santa Alianza, de los conuocados de Aix la Chapelle, de los acuerdos tomados en los Congresos de Laybach, de Troppau y de Verona, tiene esa treinta y dos dientes. ¿Dónde han ido a parar aquellos ensueños avariciados por Bolívar al convocar el Congreso de Panamá? Siempre «avocado en el mar» las grandes almas hispanas. Ah, la ciega indignación de nuestro For Moraleda, cuando en esa pura maravilla que es su tratado De philosopho stitid ratiomo, rechaza la perfidia disfrazada de Razón de Estado. El mismo Congreso de Panamá, realizado a la sombra de esa espada, había puesto ya en los labios del libertador el cuento del loco griego... Su hermano sentó de confederación para, de asociación

FRANKISQUILLAS

PRIMAVERA

Se queja un don Vitero de Barcelona de que con mil dureses se fué la dona.

No me extraña. Ya apuntó la primavera. El airecillo blando la sangre altera.

El corazón atrege. Lora reflega. Ya en busca de aventuras la gente moza.

Y sesenta y seis años cuenta la tal... De modo que es la cosa muy natural.

...
Pues, si señor, la esposa de don Vitero se escapó de su casa con el dinero.

Dejarle al marido solo y sin gusto... ¡Cayó, que bromas tiene la juventud!

¡Con treinta y tres abiertes en cada pata y aún te quedan ganitos de marrajo!

¿Qué más fin en busca de otros lindos apodos... ¡que poco juicio tienen los pocos años!

Francisco BELMONTE.

ANECDOTARIO

Perico el de la casa de Juárez tenía muchos amigos.

A uno de aquellos amigos se le caaba una letra y quiso que Perico asistiera a la boda.

Le envió un recado con uno de sus hijos, que le dijo:

—De parte de mi padre, que el jueves es la boda de mi hermanita y tendría mucho gusto en que asistiera usted a la ceremonia.

Perico, miró al muchacho, pensó un poco, se rasó la cabeza y le preguntó:

—¿Van a celebrar la boda?

—Pues, mire usted, como habrá poco que se muró una tira, no habrá nada más que un chocheo.

La fecha señalada era a mediodía de semana y eran aquellos tiempos de las comidas planchadas con almóndigo, que ponía las pechetas duras como el cartón piedra.

Perico acudió por su medio:

—Le dice a tu padre que para un chocheo no estropees yo una comida.

Y no fué a la boda.

Buenos días...

—Esta mañana quiero que hablen sobre una cuestión de veras desagradable para nosotros los que amamos a Albacete con amor acendrado. ¿Va a quedarse nuestro pueblo sin su Escuela de aviadores? He aquí una pregunta que encierra para mí un gran dolor.

—Pero... hay algo que todavía me duele más en mi corazón de albacetino y de albacetista. ¿Cuántos de aquellos que cada poco de tiempo Porque yo creía que nuestro ciudad no ha renunciado con toda la intensidad que debería, ante una cosa? ¿Que no se trata ahora de resolver sobre la justicia—muy discutible, naturalmente—con que se pretende privarnos de algo legítimamente ganado—¡junos años sin que el Estado se acordase un instante de este gran pueblo manchego, que aprendió demasiado bien la buena virtud de trabajar silenciosamente y en silencio, sin exigir nada nunca!—No se trata de eso, repito, sino del desasocho que frente a una medida de tal importancia para la vida albacetina, debemos exteriorizar todos. Porque existe, ya lo creo que existe. Pero no sale al exterior—lamentable posición del rubor del que trabaja y calla—con la intensidad que haría meditar al Poder público. Las autoridades y la Prensa laboran con afán admirable. Los deberemos solos?

—En cambio—ya ve usted—Galicia... ¡Bolt! Es poco patriótico intentar impugnar este. Hay que pedir que la Escuela de aviadores continúe, pero hacerlo noblemente, eternamente, admitiendo que si ello fuera justo, se desahorrarían nos dejas con la conciencia en paz.

—Desde luego. Las cosas hay que pedirlas, pero sabiendo uno cómo decir pedirse. Me horroza tanto el punto del (haba como la mano que mendiga.

—(Una pausa triste, tugaz).

—¿Sabe usted de qué me acuerdo ahora? De unas palabras desconsonantes que San Mateo clavó en su Evangelio. Les recordará usted perfectamente: «Porque a cualquiera que tuviere, le será dado, y tendrá más; y al que no tuviere, aun lo que tiene le será quitado».

Los enchufes

SE PROYECTA UNA MANIFESTACION PARA PEDIR QUE CEBSE LA DUPLICIDAD DE CARGOS

Madrid, 18 (12 a.)—El «Heraldo» de hoy, da la noticia de que todas las entidades económicas y sociales proyectan celebrar una manifestación, para pedir que cese la duplicidad de cargos.

EDITORIAL

PROPAGANDA

Nos parece muy bien la fiebre de propaganda que se observa en todos los partidos. La siembra de ideas es quizás la labor más humana y más digna.

Peró... la propaganda de ahora no puede limitarse a buscar simpatías para un determinado credo. Los flecos utópicos y las promesas nebulosas no van a ninguna parte.

No basta presentar una idea central y sostenerla con elidido aciento.

Es preciso desarrollarla en puntos concretos de orientación real y clarísima. No basta la idea; se precisa un programa, ya que urge construir y construir bien.

Como no basta tampoco un propagandista a secas: quien quiera llevar algún tres sí ha de tener dotes de gobernante, de constructor equilibrado y sereno.

No vale predicar si antes no hablo por nosotros nuestros actos. Ahora más que nunca parece flor en el ambiente el viejo refrán: el acto es macho; y la palabra hembra.

Propaganda, sí. Y cuenta más, mejor. Pero que las ideas salgan de la realidad; y la limpia forma, del sacrificio propio.

Programa realizable y hombres de buena fé. Sin esos dos puntos, los discursos son copillias de Calatino.

Agua fuertes matritenses

La hora burguesa de los cafetines

Por EMILIO GARRERA

La hora burguesa de esta leña y oscura tragedia de la miseria. Es el dolor del andrino, el pudor del hambre, la carita burguesa del trazo.

No es el jirón de luto de la madrugada, cuando de brues sobre los miramientos, se abatan los exclamaciones, como convulsa de los levantados más. Es el dolor desierta, misero, que quiere decir una leve sonrisa de satisfacción.

A las ocho de la noche—la hora de estar en los hogares burgueses, alegres, ordenados—¡demonio, a mirar a los ojos de las viejeras humanas de los balcones! Que medillo hecho orgánico antiguo. Una vestidura—camisa de harapos—de alfileres—deverán por las mozas una moza de rema, una ayuda para seguir sustentando la ficción de sus vidas. Pensionistas de perdos amantos (dante); el elidido cesante de los justos jubilados de todos los oficios de la aventura; seres indefinidos, sin más edida que la manecilla de la pobreza, cuando han caído en los límites del desastre, se juntan, los ojos, sin hablar, apretados unos de otros, a cerrar por veinticinco céntimos, un vaso de recuelo y un panecillo, como dirían los huéspedes de última hora del cafetín, los desahogados, alegres y piñapantes porfidos de la hora.

El harapo humano de la madrugada acesa oscuras miradas, porque su estado es irremediable. Las miradas, los hilos, los rostros, los ojos, los que han caído por el ombligo de un vicio abyecto; los displicentes, los conuocados; los que han malgastado sus años en especulaciones fantásticas; los inventores de cosas absurdas o que ya estaban inventadas; los malos poetas; los ómicos escrupulosos; los pintores lamentables; los que no poseyeron el don mediocre del sentido común ni el resplandor del genio; los que han perdido su brújula, es lógico que rueden hasta los pozos del dolor. De entre los olivos de última hora se escabullen los pudidos de las ocho de la noche. Unos sacan un panecillo; otros la cubren con un resto de decoro burgués.

¿Dónde se meten después de estas sombras de la pesadilla de la miseria? La ciudad tiene una enorme fuerza negra que se traga durante el día a toda esta carne de dolor. El sol brilla cruelmente sobre la sociedad, sobre la ropa en filabros, sobre las barbas desahogadas, sobre los zapatos en ruinas. Los miserables odian al sol. La noche es dulce, propicia y consoladora. A la madrugada van sin rumbo por las calles, como tantas sombras negras, en un ambiente verosímil de acuario.

En la noche hay una zambuda de grotescas alfileras de dolor. Andar por andar; hablar sin tener nada que decir; desahogamiento de entusiasmos ilicéuticos, avanzar de proyectos fastuosos

De ayer a hoy

No diremos que el mundo está lleno de tontas por sí parece un juicio demasiado depresivo y un tanto molesto. En lo que hemos de estar todos conformes es en que hay muchísima gente dispuesta a dejarse engañar. Algunas, parece que lo desean.

Deben ser legión las personas desocupadas que habitan las grandes urbes, que se levantan por la mañana, toman el desayuno, se hacen de toilette y se echan a la calle, alegres y contentas, dispuestas a dejarse engañar. Algunas, parece que lo desean.

Y, claro, es necesario enfrentarse con la vida en el estado de ánimo, los aprovechados y los vivos, se encuentran andado la mitad del camino y buena parte de la otra media.

A quien no le han dicho por aquella Puerta del Sol: «Señorito, cómpreme este reloj de oro que acabo de robar. Vale mil pesetas y yo se lo doy por cincuenta».

Es tal repulchancia ni la voladura una vez, al pie de la escalera del Hotel Universo, cuando yo era un pollito que le empieza a apuntar el bozo, al terminar de partir pan a manteles en la agradable y distinguida compañía de dos albacetinos de brillo y mérito, para los negocios, el uno, que ya muró hace tiempo y guardo de él el gratísimo recuerdo, don Germán León (el que nos trajo la luz); una gloria del foro, el otro, que aún vive y quiere. Dios que dure muchos años, don Jacobo Serra.

Notaron ellos, que iban delante de mí, que me acordaba un descañado, a quien no hice malido el caso, a hubo de preguntarme don Germán: «¿Qué, qué es eso?»

—Nada, contesté—, uno que quería amargarme la digestión de una buena comida.

Es el único interés que he hecho un vivo para engañarme, y dió en hueso.

No hay que pavorarse mucho por aquello de que nadie puede decir de este agua no beberé.

Pero, a ver si inventan algo nuevo los timadores. Es una vergüenza que sigan tan anticuados: el timo del entierro, el de los peruleros, el de la guiteria...

¡Hace falta renovarse! ¡Novedades, novedades!...

A. P.

Los republicanos seguirán unidos

LA ALIANZA REPUBLICANA NO HABRA RUPTURA

Madrid, 18 (12 a.)—La pasada no se acordó reunión al consejo de Alianza Republicana.

Se abolió el tema de la Alianza, no creyendo conveniente la ruptura, por haberse suscitado ostensiones para adoptar una determinación en tal sentido.

Por «Acción Republicana» asistió el señor Asaña, quien manifestó que aunque no quiere la ruptura, porque si se acuerda, representaría su vida de los Ocho.

(Exclusiva «SAGITARIO».—Prohibida la reproducción.)